

XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, 2019.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA DE MALVINAS: PETRÓLEO Y COMPETENCIA INTRAIMPERIAL (1973-1983).

Alberto Martínez del Pezzo.

Cita:

Alberto Martínez del Pezzo (2019). *LAS CAUSAS DE LA GUERRA DE MALVINAS: PETRÓLEO Y COMPETENCIA INTRAIMPERIAL (1973-1983)*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-040/48>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa N°33: Historia de las relaciones internacionales y de la integración regional de América Latina desde las independencias hasta la actualidad.

Coordinadores: Morgenfeld, Leandro (UBA-CONICET) Simonoff, Alejandro (UNLP) Kan, Julián (UBA-UNQ)

**Las causas de la Guerra de Malvinas:
petróleo y competencia intrainperial (1973-1983)**

ALBERTO MARTÍNEZ DEL PEZZO*

Resumen: El presente trabajo analiza las causas de la Guerra de Malvinas concentrándose en dos aspectos que han sido poco tratados a lo largo de la historiografía como ser ¿qué intereses se daban entre los Estados Unidos de Norteamérica y el Reino Unido de Gran Bretaña respecto a las Islas Malvinas?, ¿qué relevancia tuvieron los recursos naturales para el desenlace bélico? Las hipótesis para responder a estos interrogantes consisten en que la Guerra de Malvinas ocurrió por una competencia intrainperial a causa del petróleo y además Gran Bretaña utilizó la fuerza para minar los esfuerzos de paz y para evitar el involucramiento de Estados Unidos en la administración de las Malvinas. Para poder abordarlas, trabajaremos con Juan Carlos Puig (1983), quien nos ayudará a definir lo que es la competencia intrainperial. Además, estudiaremos, con abundante bibliografía, la existencia de recursos en los mares del archipiélago para así dimensionar su influencia en las relaciones angloargentinas. Por otro lado, analizaremos las memorias de Nicanor Costa Méndez (1993) y Alexander Haig (1984), y los trabajos de Cardoso et al. (1983), Berasategui (2011) y Moneta (1984), para poder desarrollar el proceso de negociación previo y durante la guerra.

Introducción

La bibliografía que estudia las causas de la Guerra de Malvinas no abunda en análisis que relacionen de manera causal recursos naturales y política internacional como posible motivo del enfrentamiento. El enfoque que generalmente se utiliza radica sobre las características de los actores y la trama de intereses en los que se encontraban envueltos y en cómo estos influyeron en las decisiones para que se produjeran los hechos. Es decir, los asuntos domésticos de cada país, más cada uno de los frentes internos de cada gobierno, los condujeron por un camino de no retroceso, en donde

*Licenciado en Ciencia Política (UBA). Actualmente es profesor de la Universidad Nacional de Chilecito (UNDeC).

cualquier postura que cediera demasiado implicaría una salida del poder de alguna de las partes. De manera que, desde el momento de la asunción o toma de poder por parte de los gobiernos democrático inglés o militar argentino, el enfrentamiento estaría ya determinado.

Este enfoque descarta por lo tanto causas que atraviesan el conflicto de soberanía que llega a la actualidad como ser: ¿a quién le pertenecen los abundantes recursos naturales que existen en los mares circundantes al archipiélago de las Malvinas? ¿Pueden haber tenido relación dichos recursos para que, más allá de las características de cada uno de los gobiernos de los dos países de Occidente, se hayan aventurado a una guerra en tiempos de la “cortina de hierro”? ¿Existió un tercer país interesado en dichos recursos que aceleró el enfrentamiento entre los beligerantes?

Por otro lado, tampoco encontramos abundantes trabajos que se concentren en las relaciones internacionales entre el Reino Unido, los Estados Unidos y la Argentina. La mayoría de los análisis giran en torno a lo que realizó la Argentina o no, sin concentrarse en que nuestro país se halla subordinado internacionalmente a las acciones que llevaron y llevan adelante estos dos países. Por ello, cabe preguntarse: ¿cómo habrá incidido la posición beligerante inglesa en un área de influencia estadounidense? ¿Qué acciones previas al enfrentamiento llevó adelante Washington? ¿La conducta de Estados Unidos influyó para el desenlace bélico?

Para poder responder a estas preguntas analizaremos brevemente los recursos existentes en los mares del archipiélago, principalmente el petróleo. Prevalece un consenso acerca de la presencia de combustible fósil, pero las estimaciones difieren en su cantidad y aún más en la discusión acerca del precio de mercado necesario para poder extraerlo. Sin embargo, según nuestro análisis, como se advertirá en el Gráfico 1, el precio del petróleo tuvo una fuerte incidencia en las relaciones anglo-argentinas en torno a Malvinas:



Gráfico 1: Bloomberg. El País

Podemos observar que entre 1970 y 2000 el mayor pico en el precio del crudo fue en 1982, año en que se produjo la guerra, y solo se equipara en este período de 30 años el breve salto de 1991. Luego, una estrepitosa subida del precio, que alcanzó su pico en 2008, con una repuntada después de 2010 que se mantiene estable y que coincide con una escalada en 2012 entre Argentina y Gran Bretaña, donde las tensiones llevaron a sugerir al Reino Unido que poseía armas de destrucción masiva en las islas (Todo Noticias, 2012). En el mismo año, el Departamento de Estado de Estados Unidos llamó a ambas naciones a negociar (*La Nación*, 2012), lo cual cortó años de un no pronunciamiento por parte de dicho país con respecto al conflicto por la soberanía de las Malvinas.

Alexander Haig, que fue comandante supremo de la OTAN (1974-1979) y luego secretario de Estado de Estados Unidos (1981-1982), en sus memorias frente al conflicto, comenta que ante el estallido de la guerra se creía en los Estados Unidos que el motivo radicaba el petróleo:

Exploraciones geológicas recientes habían revelado que las Malvinas estaban ubicadas sobre un gran estanque de petróleo submarino. Algunos de los funcionarios cercanos al presidente deducían de este hecho que la disputa acerca de las Malvinas tenía que ver con la cuestión del petróleo y podrían resolverse mediante un acuerdo para repartir los derechos de perforación y explotación (Haig, 1984: 306).

Hipótesis

Siguiendo nuestra línea de análisis propuesto, las hipótesis de este trabajo son:

- Hipótesis general: la Guerra de Malvinas ocurrió por una competencia intraimperial a causa del petróleo.
- Hipótesis específica: Gran Bretaña utilizó la fuerza para minar los esfuerzos de paz y para evitar el involucramiento de Estados Unidos en la administración de las Malvinas.

Para poder abordarlas, trabajaremos con Juan Carlos Puig (1983), quien nos ayudará a definir lo que es la competencia intraimperial. Además, estudiaremos, con abundante bibliografía, la existencia de recursos en los mares del archipiélago para así dimensionar su influencia en las relaciones angloargentinas. Por otro lado, analizaremos las memorias de Nicanor Costa Méndez (1993) y Alexander Haig (1984), y los trabajos de Cardoso et al. (1983), Berasategui (2011) y Moneta (1984), para poder desarrollar el proceso de negociación previo y durante la guerra.

Competencia intraimperial

Juan Carlos Puig define el funcionamiento de la comunidad internacional, en donde el primer elemento preponderante son los repartidores supremos de beneficios internacionales:

Los repartidores supremos, vale decir, los gobernantes de los Estados Unidos y la Unión Soviética, aseguran el orden, por más precario que este sea, mediante el sostenimiento de los criterios supremos acordados e impuestos después de la segunda guerra mundial (Puig, 1983: 42).

En este sentido, existen países que son predominantes y que co-constituyen el orden internacional, es decir, hacen que el mundo sea como es. Y existen repartidores intermedios, como el Reino Unido, que se hallan lógicamente subordinados a los supremos, pero que hacen al funcionamiento del sistema internacional.

En consecuencia, el mundo se estructura desde los países más poderosos, que se rodean de países intermedios y que fijan hacia abajo sus repartos. De este modo, se generan dos bloques: uno en el que los repartidores supremos se rodean de aquellos intermedios y otro de países de jerarquía más baja. En este último orden, existen Estados que no responden plenamente a los lineamientos de los poderosos:

El criterio de impermeabilidad interbloque sólo asegura a la potencia dominante que sus Estados cliente no recibirán una asistencia masiva del

otro bloque que sea factor determinante de secesión. No impide la autonomización progresiva, ni –llegado el caso extremo– la ruptura estratégica. Sólo que para lograrlo el Estado que opta por la emancipación progresiva o total no puede contar más que con sus propias fuerzas y, eventualmente, con las de otros países del mismo bloque o no alineados solidarios con su causa (Puig, 1983: 61).

Por lo tanto, el mundo se estructura alrededor de estos repartidores supremos por sus beneficios, en donde se disputan sus áreas de influencias, que buscan arrebatarse o no a los otros receptores y adeptos de sus beneficios. Pero existe una tercera conducta, que es el no alineamiento y la búsqueda de un desarrollo propio, en la que dicho país contará con pocos recursos y con riesgo de aislarse en el sistema internacional. A lo largo de la historia de sus relaciones internacionales, la Argentina¹ vivió momentos de fuerte acercamiento hacia estos repartidores y momentos de alejamiento, es decir, de buscar un desarrollo más endógeno².

A partir de esta lógica, Puig (1983) establece ciertas tipificaciones para los países subordinados:

- Dependencia paracolonia: el país posee un gobierno formal soberano, pero sus miembros obedecen los mandatos de otro Estado.
- Dependencia nacional: el país entiende que recibir los beneficios de los repartidores constituye la situación más ventajosa.
- Autonomía heterodoxa: el país acepta el dominio de las potencias hegemónicas, pero no comparte ciertos puntos de sus lineamientos ya que preserva algunos intereses propios.
- Autonomía cesionista: el país no reconoce el dominio del hegemón y sale de su grupo de influencia.

¹ Algunos autores estructuran en bloques dicha historia de acuerdo con su lineamiento internacional. La obra de Escudé y Cisneros (s/d) conceptualiza cuatro etapas: la Argentina embrionaria (1806-1881), la Argentina consolidada (1881-1942), la Argentina subordinada (1942-1989) y la Argentina posmoderna (1989-1999). Como así también el trabajo de Felipe de la Balze: La etapa de organización nacional (1852-1868/1930-1941), la etapa de aislamiento (1941-1943/1983-1985) y la de reincorporación al Primer Mundo (desde 1983-1985 en adelante)

² Esto se intentó realizar en los dos primeros gobiernos de Perón: “La Argentina también ofrece un caso semejante. Es el de Juan Perón. Demostró que era factible un desarrollo autónómico para un país periférico a condición que el Estado controlara determinadas herramientas económicas: comercio exterior, inversión extranjera, crédito y cambios. Asimismo, que un país deseoso de autonomía no podía someterse a las directivas del Fondo Monetario y por eso era necesario (y factible) mantenerse al margen de ellas. Finalmente, que la única vía política internacional apta para sustentar estas posiciones era la alianza entre dependientes y por eso enunció ‘la tercera posición’ que en gran medida fue precursora del Movimiento de Países No Alineados” (Puig, 1983: 17).

Llegada esta instancia, entendemos que poseemos los elementos para poder definir lo que es la competencia intrainperial y de allí la conducta de la Argentina entre el gobierno de Juan Domingo Perón y la dictadura militar autoproclamada Proceso de Reorganización Nacional.

Según nuestro análisis, en el gobierno democrático se privilegiaron ciertos intereses –el desarrollo económico–, que llevaron a una confrontación con Gran Bretaña –el denominado Incidente Shackleton–, para luego abrir un período, por parte de la dictadura, de pretender congraciarse con los Estados Unidos, con el proyecto de la OTAS, lo que generó la competencia con el Reino Unido por la posesión de las Islas Malvinas.

Por otra parte, la presencia de petróleo en el archipiélago produjo, como veremos más adelante, un interés de los Estados Unidos en las islas, que se tradujo en un aliento por parte de agentes del país del Norte hacia la dictadura, con intención de recuperar las Malvinas. Una vez desencadenada la guerra, todas las propuestas del secretario de Estado Haig contemplaban en sus puntos la participación de Washington como parte de la administración, hasta que se produjo el hundimiento del *Belgrano*, que cercenó los intentos de paz.

De este modo, la Argentina pasó de buscar un desarrollo endógeno, orientado a defender los recursos de las Malvinas, no permitiendo la exploración de petróleo en la zona del diferendo; a que la dictadura pretendiera, cooperar con Gran Bretaña (repartidor intermedio) por la explotación conjunta de petróleo, y además aspirara a los beneficios de estrechar relaciones con los Estados Unidos (repartidor supremo), para que este país marginara a Londres en su interés de explotar el petróleo del archipiélago beneficiando a la Argentina.

Malvinas y petróleo

De acuerdo con cuatro trabajos de distintas fechas y diferentes autores (Silenzi de Stagni, 1982 y 1983; Margheritis y Tedesco, 1991; Bernal, 2011), en los mares circundantes a las Islas Malvinas se registra la existencia de petróleo. En estos estudios, si bien varía el tamaño de las reservas, todos ellos coinciden en que su existencia es abundante.

El trabajo de Ana Margheritis y Laura Tedesco es concluyente respecto a la presencia de petróleo: “En síntesis, existen suficientes indicios de la presencia de yacimientos petrolíferos en el área Malvinas” (Margheritis y Tedesco, 1991: 57).

Según Adolfo Silenzi de Stagni, la primera información sobre la existencia de grandes depósitos en la Argentina proviene de una revista de los Estados Unidos especializada en política exterior, *U.S. & World Report*. En su edición del 3 de diciembre de 1973 informó que empresarios norteamericanos “están interesados en el petróleo yacente en el subsuelo de la Argentina” (en Silenzi de Stagni, 1982: 69) y que despertaba interés el petróleo que se encontraría en la plataforma submarina del archipiélago de las Malvinas. En relación con esto, Ana Margheritis comenta:

Respecto de Malvinas, este artículo deja entrever que se confía en una pronta solución de la disputa, lo cual allanaría el camino a la explotación petrolera a potenciales interesados –en este caso, empresarios estadounidenses– quedando claramente reflejado el profundo interés con que las multinacionales petroleras norteamericanas miraban a la Argentina (Margheritis y Tedesco, 1991: 19).

El 18 de marzo de 1975, finalizó la elaboración del Informe Griffiths, cuyo objetivo principal consistía en establecer cuáles eran las reservas de petróleo en los mares circundantes de las Malvinas. Dicho informe, “da por cierta la existencia de yacimientos petroleros en el área cercana a las Malvinas. Aunque para la confirmación de este aserto es necesario hacer perforaciones en la región” (Silenzi de Stagni, 1982: 73.). Ana Margheritis agrega: “Este trabajo es sumamente importante porque es el que a nivel técnico sienta las bases de todas las posteriores evaluaciones que se han hecho del potencial de hidrocarburos en el archipiélago malvinense” (Margheritis y Tedesco, 1991: 20).

Federico Bernal (2011) establece que las estrategias inglesas con respecto a las islas fueron variando a lo largo del tiempo según la explotación económica³. Por ello, Gran Bretaña buscó arribar a algún tipo de acuerdo: “Frente al mayor conocimiento que tuvo el gobierno inglés a partir del informe Griffiths, el Foreign Office resolvió estudiar

³ “Quien analice objetivamente el rumbo de las negociaciones bilaterales entre argentinos y británicos desde 1960 hasta mayo de 1982 advertirá un claro punto de inflexión en la estrategia diplomática de los británicos. A partir de 1975, su ya ambigua posición devino en una obstaculizadora y progresivamente intransigente de cara a la resolución del conflicto. En ese año el Reino Unido decidió incluir un nuevo factor en las negociaciones: la exploración y explotación de los recursos hidrocarburíferos, mineros y pesqueros del archipiélago malvinense” (Bernal, 2011: 63).

cuáles eran las posibles soluciones al diferendo sobre las Malvinas que podría proponer” (Silenzi de Stagni, 1982: 74). Así, los acontecimientos tomaron una dirección hacia la negociación y la confrontación

La reacción de la Argentina al tomar conocimiento de dicho informe generó una fuerte protesta en Naciones Unidas:

Teniendo en cuenta que las Islas Malvinas y dichas áreas forman parte integrante del territorio nacional, el gobierno argentino manifiesta que en ellas no reconoce ni reconocerá la titularidad ni el ejercicio de ningún derecho relativo a la exploración y explotación de minerales o hidrocarburos por parte de un gobierno extranjero. Por consiguiente, tampoco reconoce ni reconocerá y considerará insanable nulos cualquier actividad, medida o acuerdo que pudiera realizar o adoptar Gran Bretaña con referencia a esta cuestión que el Gobierno argentino estima de la mayor gravedad e importancia (Anuario de Relaciones Internacionales, 1995).

A razón de ello, en su edición del 3 de abril de 1975 el *The Financial Times*, informaba que “se habían detenido los progresos hacia el establecimiento de los mayores contactos entre el Territorio y la Argentina, a consecuencia de la situación relativa a la posible existencia de yacimientos petrolíferos frente a las costas del Territorio” (en Silenzi de Stagni, 1982: 105). A partir de este punto de los acontecimientos, la hipótesis de Federico Bernal se corrobora. Según Ana Margheritis, “una de las posibles alternativas que el gobierno inglés estaría analizando para la solución del conflicto sería el congelamiento de los reclamos de soberanía y la explotación de los recursos naturales sobre una base binacional” (Margheritis y Tedesco, 1991: 23).

De esta manera, comienzan a trazarse dos alternativas en torno al petróleo: la primera consiste en que el reclamo de soberanía resulta un escollo para la cooperación para la explotación de esos recursos en conjunto por no estar clara la propiedad nacional de los mismos; la segunda radica en que, según el lineamiento de los intereses domésticos de cada país, al contrario de generarse una cooperación, se exacerbe un reclamo interno a cada gobierno para endurezca su posición sobre la propiedad de los recursos que desencadene en una confrontación. Aquí cabe sentar posición: avanzar en un acuerdo de cooperación sería abandonar la política de reclamo iniciada por Manuel Moreno a días de la usurpación inglesa de 1833. Es decir, al comenzar a cooperar, se les

reconocería pertenencia a los ingleses de dichos recursos, lo cual representaría una ganancia doble para ellos: el reconocimiento y la explotación de los recursos.

Por otro lado, como estudiaremos más adelante, la primera postura estuvo encarnada en la voluntad del ministro de Economía de la dictadura Martínez de Hoz, quien visitó Gran Bretaña cinco veces para poder avanzar en una explotación conjunta mientras, en paralelo, Cancillería negociaba la soberanía de las Malvinas.

Antecedentes previos a la guerra: intransigencia inglesa, petróleo, incumplimiento y provocaciones

El 3 de enero de 1976, lord Shackleton arribó a las Malvinas a bordo del buque HMS *Endurance*. El canciller argentino sostuvo que el arribo del enviado británico en esa fecha, coincidente con la ocupación de las Malvinas en 1833, consistía en una coincidencia hostil y desconsiderada, y que por ello el gobierno argentino entendía que el gobierno británico había roto unilateralmente con las negociaciones. Más aún, el canciller informó al embajador británico que “las dos partes” se movían rápidamente en un curso de colisión.

El pico de la crisis se alcanzó el 4 de febrero, cuando el destructor de la armada argentina ARA *Almirante Storni* se dispuso a detener al buque de investigación oceanográfica británico RRS *Shackleton*, que navegaba a 78 millas al sur de Puerto Stanley. El destructor realizó varios disparos sobre la proa del *Shackleton*, que a pesar de ello prosiguió su ruta hacia Puerto Stanley.

A partir de estos hechos, se sucedieron las protestas británicas ante el gobierno argentino y ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Por su parte, la Argentina acusó al gobierno británico de haber violado las normas relativas a la jurisdicción marítima, en tanto que el Reino Unido denunció la actuación del buque argentino como un peligroso hostigamiento contra un buque que navegaba pacíficamente para efectuar “un relevamiento científico en la zona” (Escudé y Cisneros, s/d: § 20).

Sin embargo, luego de esta demostración de defensa nacional por parte del gobierno democrático, con la llegada de la dictadura, y a solo dos años de que estallara la guerra, el ministro de Economía Martínez de Hoz viajó por quinta vez al Reino Unido para negociar una explotación económica en los mares del sur:

El quinto y último viaje que realiza el doctor Martínez de Hoz es en junio de 1980. En esta oportunidad demuestra no tener la menor preocupación en disimular que las negociaciones sobre Malvinas las conduce él, al margen de la Cancillería. En una de sus declaraciones afirma que estas negociaciones “por primera vez están progresando”, “que existe una pequeña luz en el horizonte” y añade “yo creo que los lazos económicos nos pueden ayudar. De manera que podríamos avanzar en lograr acuerdos de exploración conjunta petrolífera” (Silenzi de Stagni, 1983: 16).

El autor va más allá y cita como fuente al diario *The Times* en su edición del 13 de junio de 1980, titulaba “*New moves over the Falklands*”: “Queremos que los británicos se apresuren en ser nuestros socios para impulsar nuestro desarrollo” (Silenzi de Stagni, 1983:37).

Como mencionamos, la dictadura buscaba estrechar lazos comerciales con Gran Bretaña, tratando de aprovechar su estrategia de relajar las tensiones por la soberanía para poder explotar el petróleo del archipiélago. Sin embargo, a continuación observaremos cómo posteriormente pretendió estrechar lazos con Estados Unidos a través de la OTAS.

Los acuerdos con Estados Unidos en Nicaragua y la OTAS

La dictadura, continuando con su política exterior de fuerte acercamiento a los Estados Unidos, estrechó su agenda a los requerimientos de Washington en el enfrentamiento con la Unión Soviética. En esta agenda, el primer anticipo consistió en enviar tropas al Sinaí luego de los Acuerdos de Camp David. Sin embargo, la Argentina sería reasignada en su participación contra el comunismo y enfocada por Vernon Walters, ex subdirector de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), hacia Nicaragua, en el marco de una cooperación mayor:

El diputado laborista Tam Dalyell –uno de los críticos más encendidos de la primer ministro Margaret Thatcher– aseguró en su libro sobre el conflicto del Atlántico Sur que Walters “estuvo en Buenos Aires, intermitentemente, por muchos días entre octubre de 1981 y febrero de 1982. Discutió, *inter alia*, el establecimiento de una Organización del Tratado del Atlántico Sur”. También discutió las ventajas para tal organización de una isla-base en las Falklands, según los lineamientos de (la isla) Diego García. Sin embargo, el

consenso era que el acuerdo en términos hemisféricos y en otros terrenos debería ser entre Estados Unidos y la Argentina [...] y no entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Interrogados por los militares argentinos qué haría Gran Bretaña, los norteamericanos respondieron que Gran Bretaña “gruñiría, gritaría, protestaría y haría nada” con la implicancia de que los norteamericanos podrían suavizar el erizado pelaje inglés (Cardoso et al., 1983: 26).

Esta misma línea de un acuerdo de seguridad en el Atlántico Sur la desarrolla Carlos Moneta:

Se busca obtener un papel destacado y la inserción de Argentina en el sistema estratégico occidental mediante una activa participación en el esquema norteamericano de seguridad para América Latina, contando con Centroamérica como área privilegiada. A ello debía sumarse, según esta óptica, el rol que naturalmente le correspondía a la Argentina en la defensa del Atlántico Sur. Este incluía el propósito –largamente anhelado por la Marina de Guerra y algunos jefes del Ejército– de establecer un acuerdo con la República Sudafricana y con países del Atlántico Sur latinoamericano –la Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS)– para la seguridad del área oceánica comprendida entre los conos sur de África y América Latina, ante lo que se percibe como un proceso de continua expansión comunista (Moneta, 1984: 11).

Como queda establecido, se planteaba cierto conflicto entre aliados con el mismo objetivo, luchar contra la Unión Soviética, pero en el que cada uno reclamó una parte:

En cuanto a las Malvinas, existía el temor, compartido por parte de los oficiales de alta graduación con responsabilidad en la conducción de los temas estratégicos, de que la NATO pudiera intentar extender su jurisdicción al Atlántico Sur y que Inglaterra fortificara las islas y las ofreciera a esa Organización como una base apta para ese propósito. Los jefes militares deseaban que fuera Argentina el país que, obteniendo el control de las islas, pudiera jugar un papel relevante en el esquema defensivo occidental de la región, consolidando su prestigio y legitimando su posesión de estos archipiélagos (Moneta 1984: 13).

En este sentido, existía en principio una mutua conveniencia entre el gobierno de Reagan y la dictadura, pero que se tensionaba por los intereses de los ingleses como ocupantes de las Malvinas como emplazamiento de ese plan de seguridad para el Atlántico Sur. Además, prevalecían intereses argentinos, encabezados por el ministro de Economía Martínez de Hoz, que estaban dispuestos a negociar la soberanía de las Malvinas con los ingleses a cambio de una explotación de los recursos de manera conjunta.

El mismo Haig en sus memorias cita una charla con los británicos en la cual le manifestaban su preocupación por el involucramiento de agentes gubernamentales a favor de la Argentina:

Antes de terminar la primera semana de la crisis los británicos nos decían que creían que la Sra. Kirkpatrick le había dicho al embajador argentino en las Naciones Unidas que si su país continuaba apoyando a los Estados Unidos en el tema de Nicaragua, no habría críticas en las Naciones Unidas con respecto al desembarco en Malvinas (Haig, 1984: 304).

De este modo, podemos observar la compleja situación en la cual se había involucrado la dictadura; primero, al pretender estrechar relaciones con los ingleses para poder explotar el petróleo de manera conjunta, y luego, al llevar adelante un proyecto con los estadounidenses que establecía correr a los ingleses de las islas. Por ello, sostenemos que una de las causas de la guerra es la competencia intrainperial: la Argentina buscó prácticamente en simultáneo obtener beneficios tanto de Londres (repartidor intermedio) como de Washington (repartidor supremo), en donde ambos acuerdos eran excluyentes: si se desarrollaba la explotación junto con los ingleses, los estadounidenses se quedaban sin la posibilidad de acceder al petróleo del Atlántico Sur; si se avanzaba con el proyecto de la OTAS, se debía apartar a los ingleses de las islas.

Todos los caminos llevan a Estados Unidos

Bastante se ha dicho del involucramiento de Estados Unidos en la Guerra de Malvinas, desde la personalidad del secretario Haig y su poca experiencia en asuntos latinoamericanos hasta el error de no aceptar la participación del vicepresidente George Bush por ser un hombre directo y el segundo de Reagan (Berasategui, 2011). Incluso se han mencionado los enfrentamientos internos dentro del gabinete del presidente

norteamericano entre Haig y la embajadora Jeane Kirkpatrick, ya que cada uno acusó al otro de estar a favor de una u otra parte.

Sin embargo, poco se ha analizado el rol de Estados Unidos en relación con sus propuestas y sus actos. Haig nos ilustra algo que es sabido, la simpatía aliada entre ambos países anglosajones:

El gobierno británico inmediatamente solicitó ayuda a los Estados Unidos [...]. A pesar de que mis simpatías estaban de parte de los británicos, consideraba que la mejor forma de expresar tal simpatía sería ejercer en la disputa una mediación imparcial por parte de los Estados Unidos (Haig, 1984: 303).

Advertimos que él mismo reconoce que Kirkpatrick, su adversaria política, podría haber estado alentando a la dictadura para que procediera a recuperar las Malvinas, y ni que decir el exsubdirector Walters, que realizó la propuesta de arrebatarles a los ingleses las islas con la complicidad estadounidense.

Por ello, al evidenciar los intereses cruzados dentro de Washington, lo que analizaremos aquí son las cinco proposiciones que realizó Haig como mediador y observaremos que todas ellas implicaban la presencia de los Estados Unidos en las Malvinas. Además de la propuesta peruana de paz, en la que también se hallaban involucrados los estadounidenses.

Así, a comienzos de abril de 1982, el secretario partía hacia Londres y Buenos Aires con esta propuesta:

Luego de intensas reuniones de los miembros del Departamento de Estado, se había delineado un esquema probable de solución. Éste comprendía desviar a la flota británica, retirar las fuerzas argentinas de las Malvinas e instalar en la isla una fuerza de paz, formada por personal de Canadá y los Estados Unidos y dos países latinoamericanos (Haig, 1984: 310).

Y comenta cuáles fueron los resultados de su proposición:

El embajador argentino, cuando compartí con él el borrador del documento, dijo que consideraba que era algo totalmente alejado a lo que la Junta estaría dispuesta a aceptar. El embajador Henderson no mostró duda alguna: la

Argentina debía retirarse; cualquier otra medida menor podría representar la caída del gobierno de Thatcher (Haig, 1984: 310).

Aun así, en sus magros resultados, Haig insistió cuatro veces más con dicho plan. Ya en Buenos Aires relata lo siguiente:

El escrito sugería, sobre la base de la Resolución 502 de las Naciones Unidas, que todas las fuerzas militares y de seguridad de ambas partes se retiraran de las islas y de un área circundante en un término no mayor de dos semanas desde la firma, y que no se introdujeran nuevas fuerzas. Una fuerza compuesta, formada por los Estados Unidos, Canadá y dos países latinoamericanos enviarían observadores para controlar que se cumpliera lo pactado (Haig, 1984: 320).

Es posible observar que la propuesta es la misma que había sido rechazada por ambas partes desde un comienzo a principios de abril. El secretario describe que luego de un momento íntimo con Galtieri, este reveló que no podía ceder demasiado porque corría riesgo de seguir ocupando su cargo: “Me explicó que si se retiraban de las Malvinas tanto tropas como la presencia gubernamental argentinas, no duraría en su puesto ni una semana” (Haig, 1984: 322). Ante esta confesión, el secretario menciona haber encontrado un punto fuerte para modificar su propuesta y que pudiera avanzar:

Ahora que conocíamos las exigencias de Galtieri, el trabajo progresó rápidamente. En menos de una hora elaboramos un nuevo borrador que en lo esencial era igual al que había traído de Londres, con excepción de dos importantes modificaciones. Las tropas argentinas abandonarían las islas y se volvería a instalar en ellas la administración británica. Pero las medidas económicas y financieras contra la Argentina serían levantadas dentro de las dos semanas; en la sede del consorcio internacional de las islas, flamearían las banderas de las seis naciones (Haig, 1984: 322).

Es curioso cómo el rapto de sinceridad de Galtieri, que si cedía demasiado se corrían riesgos internos, generó una ofrecimiento muy similar, mostrando de esta manera la insistencia en continuar aun con la misma propuesta a pesar de su advertencia.

Para el 15 de abril, Haig se encontraba con dirección nuevamente a Londres con una propuesta previamente consultada con los ingleses:

Llevaba conmigo una propuesta, aprobada por la Sra. Thatcher, que pedía el retiro de los argentinos de las islas, la detención de la flota británica a una distancia de 1.000 millas de Malvinas, una administración interina mixta argentina-británica, con los Estados Unidos también presentes en las islas, y el cese total de las sanciones económicas y financieras, y que garantizaba completar la negociación sobre la cuestión de la soberanía para el último día del año 1982 (Haig, 1984: 326).

Como podemos advertir, continúa siendo la misma propuesta originada en Estados Unidos antes de su partida, pero en vez del retiro de las partes argentinas e inglesas, permitía ambas estar en las islas e incluso también a los norteamericanos.

El 19 de abril Haig se hallaba en Buenos Aires por segunda vez, en donde se repitió la charla con Galtieri que, consecuentemente, generó la misma propuesta de fondo:

A las diez de la noche Galtieri nuevamente me llevó a un aparte. “Si cedo demasiado”, dijo, “no estaré más en este puesto”. Le pregunté cuánto tiempo pensaba que sobreviviría si perdía una guerra con los británicos. Justo antes de la medianoche, Galtieri volvió a citar a la Junta, y a las 2.40 de la madrugada del 19 de abril habíamos conseguido elaborar un borrador, aceptable para los argentinos, que establecía un cese inmediato de las hostilidades y el retiro de las fuerzas; una presencia argentina en las islas, bajo garantía de los Estados Unidos, y negociaciones destinadas a solucionar el conflicto para el 31 de diciembre de 1982 (Haig, 1984: 330).

Se debe reconocer que, a esta altura, un cese inmediato de las hostilidades auspiciadas por Estados Unidos no resultaba algo menor, además que se establecía un plazo para terminar con la cuestión de la soberanía. Sin embargo, este retroceso de las partes beligerantes implicaba un avance de Washington en su posición sobre las Malvinas; si bien en el párrafo no se menciona su presencia en el territorio, advertiremos más adelante que con la propuesta peruana sí se toma en cuenta que los norteamericanos se establecieran en las islas.

Para el 30 de abril, los intentos de Haig habían fracasado. Él mismo lo describe de la siguiente manera: “El 30 de abril anuncié a la prensa el fracaso de las negociaciones y declaré que los Estados Unidos apoyarían a Gran Bretaña”. De esta

manera, la Argentina pagaría su insubordinación internacional, no aceptar retirarse de las Malvinas, luego de haber sido alentada por funcionarios estadounidenses a recuperarlas.

Pero aún existía espacio para la propuesta del secretario de involucrar a su país en el Atlántico Sur. Sin embargo, al terminar estrepitosamente su mediación e inclinarse a favor de una de las partes beligerantes, Haig no podía continuar insistiendo directamente, por lo tanto, buscó avanzar en su propuesta con el presidente del Perú Fernando Belaúnde Terry.

Haig afirma que él fue contactado por el presidente peruano: “Se comunicó conmigo telefónicamente desde Lima, al otro día y mientras las hostilidades iban en aumento; tenía el propósito de realizar un último intento para detener la lucha y encontrar una solución pacífica” (Haig, 1984: 334). No obstante, Cardoso et al. (1983) afirman que fue al revés, que por sugerencia del secretario es que Belaúnde Terry intercedió frente a la Argentina:

Muy temprano el día 1º, el presidente del Perú se comunicó con Haig, quien inmediatamente advirtió la posibilidad de establecer a través de Lima un nuevo puente entre la Argentina y Gran Bretaña. Haig conocía la amistad del Perú con Argentina –quizás una de las pocas cosas que el secretario de Estado sabía de historia latinoamericana– y sugirió a Belaúnde que se pusiera en contacto con Galtieri. ¿Para proponerle qué?, fue la respuesta del arquitecto, que conocía de los motivos del fracaso de la misión Haig (Cardoso, 1983: 224).

Sobre la propuesta peruana, el secretario de Estado le dedica unas pocas líneas en sus memorias y enseguida menciona el hundimiento del crucero *Belgrano*:

Belaúnde creía que las propuestas eran demasiado complicadas – simplifiquemos, dijo, y tal vez podamos lograrlo todavía–. Finalmente y gracias al don de clarificar los temas, redujimos la propuesta a sólo cinco puntos básicos. La presentó a ambas partes y encontró, según dijo, una cierta obstinación de parte de los argentinos. No obstante, obtuvo un principio de aceptación por ambas partes; el 4 de mayo envió a un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú a Buenos Aires con el nuevo documento. Pero, mientras la Junta se hallaba considerándolo,

el submarino HMS *Conqueror* hundió al crucero argentino *General Belgrano* (Haig, 1984: 335).

En sus memorias, Haig no menciona en qué consistían los cinco puntos, y sobre el hundimiento arguye que fue decisión del capitán por considerar al *Belgrano* una amenaza para la flota inglesa, cuestión no cierta, ya que el *Conqueror* realizó un prolongado seguimiento de 30 horas al crucero y no efectuó su ataque hasta que lo autorizaron, como analizaremos más adelante.

Sobre los cinco puntos, Cardoso et al. afirman que en realidad eran siete:

- Cesación inmediata de las hostilidades.
- Retiro simultáneo y mutuo de las fuerzas.
- Presencia de representantes ajenos a las dos partes involucradas en el conflicto para gobernar las islas temporalmente.
- Los dos gobiernos admitían la existencia de posiciones discrepantes sobre la situación de las islas.
- Ambos países reconocían que los puntos de vista y los intereses de los habitantes locales debían ser tomados en cuenta en la solución definitiva del problema.
- El grupo de contacto que intervendría de inmediato en las negociaciones para implementar este acuerdo estaría compuesto por Brasil, República Federal de Alemania y Estados Unidos de América.
- Antes del 30 de abril de 1983 se habría llegado a un acuerdo definitivo bajo la responsabilidad del grupo de los países mencionado (Cardoso et al., 1983: 225).

Costa Méndez confirma estos siete puntos, pero al tercero lo señala de otra manera:

- Cesación inmediata de las hostilidades.
- Retiro mutuo de las fuerzas.
- Introducción de terceras partes para gobernar las islas.
- Los gobiernos reconocían puntos de vista conflictivos respecto de las islas.
- Los gobiernos reconocían la necesidad de tener en cuenta los puntos de vista y los intereses de los isleños en la solución final.
- El grupo de contacto estaría compuesto por Brasil, Perú, República de Alemania y Estados Unidos de América.
- Una solución final debería alcanzarse no después del 30 de abril de 1983, bajo la garantía del grupo de contacto (Costa Méndez, 1993: 244).

Podemos observar dos discrepancias entre los puntos tres y seis en Cardoso y Costa Méndez ya que ambos se refieren de distinta manera a los países involucrados, el periodista los denomina como *representantes ajenos* y el Canciller como *terceras partes* alterándose levemente su rol, y por sobre todo, en el primero no se menciona al Perú como un actor implicado. Lo que sí queda claro es que la figura de Estados Unidos continuaba fuertemente involucrada: según las memorias del canciller, era una de las partes que gobernaría las Malvinas.

Vicente Berasategui menciona los siete puntos tal como lo hacen Cardoso et al., pero agrega más información respecto a la negociación y al rol de Estados Unidos como parte del grupo de contacto: “El único punto que ofrecía dificultades del lado argentino fue la decisión del presidente de facto de objetar la inclusión de los EE.UU. en el grupo de contacto” (Berasategui, 2011: 273). Resulta interesante ver cómo el investigador individualiza la decisión y no la toma como una de Estado. Sin embargo, más allá de ello, concluye que la propuesta progresaría y cita a autores ingleses:

Pese a esta objeción sobre la presencia de los EE.UU. en el grupo de contacto, la investigación realizada por Desmond Rice y Arthur Gavshon les permitió concluir que todas las conversaciones telefónicas efectuadas entre Lima, por un lado, y Buenos Aires y Washington, por el otro, durante ese fin de semana del 1º-2 de mayo –grabadas en su totalidad– confirmaban que la Junta Militar iba a formalizar su aceptación al plan peruano el mismo día 2 (Berasategui, 2011: 274).

Queda claro que las cinco propuestas realizadas por Haig, desde el 6 hasta el 30 de abril, que involucraban a Estados Unidos en el territorio de las Malvinas, evidencian las intenciones de ese país de tomar posición del archipiélago. El secretario de Estado estuvo alrededor de un mes esforzándose por conseguir que argentinos e ingleses aceptaran su proposición, lo que llevó a que, ante el fracaso, realizara un último intento a través del Perú. Como estudiamos, incluso buscó fortalecer los intereses norteamericanos en el conflicto por la soberanía.

El hundimiento del *Belgrano*

Generalmente cuando se analiza el hundimiento del *General Belgrano* se lleva a cabo una extensa argumentación en torno a las decisiones arbitrarias que tomó Gran Bretaña para dar la orden de hundir al crucero; se realiza un recorrido extenso de cómo la

embarcación se encontraba totalmente por fuera de la zona de exclusión, de cómo los ingleses cambiaron de un momento a otro esta zona para que el *Belgrano* estuviera dentro, etc. Todo para demostrar que la acción inglesa fue un acto para provocar finalmente la guerra.

La hipótesis que generalmente más consenso tiene consiste en que el Reino Unido realizó esta maniobra para boicotear la propuesta de paz del presidente del Perú Belaúnde Terry, ya que, de haberse cumplido, habría representado mayores costos para la primera ministra Margaret Thatcher, porque le hubiese implicado retroceder en su plan ofensivo y así debilitar su frente interno.

Sin embargo, poco se habla del contenido de dichas propuestas. Como pudimos observar en el punto anterior, todas involucraban la participación de Estados Unidos, que –como quedó demostrado en la cronología realizada por Haig– desde que se decidió su mediación, el hilo común era que el país tuviera algún tipo de injerencia en las islas.

Para Berasategui, lo primero que quiso saber el secretario de Estado era si los ingleses se encontraban dispuestos a retroceder en su avance: “Haig tenía una pregunta para suscitar una reacción del lado británico: ¿detendrían el avance de la flota si las fuerzas argentinas se retiraran de las Islas y se establecía una administración interina con los EE.UU.?” (Berasategui, 2011: 199). Por otro lado, el autor, a través de una versión inglesa, confirma que el ataque al *Belgrano* fue para detener la propuesta peruana: “Freedman expresa que el propósito del ataque del ARA *General Belgrano* fue paralizar las iniciativas diplomáticas” (Berasategui, 2011: 272). Finalmente, Berasategui comenta sobre una exigencia de Haig a los ingleses, mientras se analizaba la propuesta peruana: “Parece que, en uno de sus típicos cambios radicales de posición que tanto irritaban a los británicos, Haig subrayó que la observancia del acuerdo por la Argentina requería que no se produjeran nuevas acciones militares británicas” (Berasategui, 2011: 278). Cardoso et al. citan otra fuente inglesa que relata las negociaciones que terminaron fracasando por el hundimiento:

Paul Foot, periodista del diario inglés *Daily Mail*, opinó que el crucero *Belgrano* fue hundido para impedir que se obtuvieran efectos positivos en el intento de mediación promovido por el Perú. Sostuvo que Pym y Haig estuvieron discutiendo acaloradamente durante nueve horas los puntos para una posible solución y que, en el ínterin, el buque argentino fue torpedeado (Cardoso et al., 1983: 230).

De esta manera, el hundimiento del *Belgrano* ciertamente fue para tumbar la propuesta del presidente peruano (que otra reiteración de las propuestas estadounidense por otro canal), que buscaba además que una vez iniciada la escalada bélica entre los argentinos y los británicos, obligaba a los estadounidenses a brindarles un amplio apoyo bélico a los ingleses. Cuestión que se cumplió perfectamente, ya que una vez iniciados los ataques mutuos, Washington no tuvo más remedio que pasar de ser mediador a ayudar a una de las partes, lo que alteró para siempre su rol. Estados Unidos bogó por la paz que le permitía involucrarse en las Malvinas y luego pasó abiertamente a apoyar a un país que incumplió todos los compromisos asumidos en Naciones Unidas para solucionar el conflicto de soberanía.

Conclusión

Como pudimos observar, existen importantes recursos naturales en los mares del sur que son objeto de disputa por parte de los países capitalistas avanzados. En dicha disputa y competencia nuestro país ha tenido firmes intentos de contrarrestar la influencia extranjera, como en la presidencia de Juan Domingo Perón, y momentos de buscar un fuerte alineamiento con las potencias extranjeras, como la dictadura, que llevaron al país a una guerra sin sentido que favoreció completamente la posición inglesa, con el establecimiento de la base más grande de la OTAN en las Malvinas.

De esta manera, consideramos que el análisis de Juan Carlos Puig es muy acertado, por el hecho de que la dictadura buscó beneficios de un repartidor supremo y uno intermedio, sin percibir que se introducía en un camino sin retorno, y en su afán de servir a la agenda de Estados Unidos, nunca creyó posible la reacción altamente beligerante de una potencia. Debemos destacar que cierta cuota de incredulidad fue aportada por Washington, en boca del subdirector de la CIA Walters y la embajadora en Naciones Unidas Kirkpatrick.

Esta competencia intraimperial, que advertimos en la figura de Haig como mediador, le mostró a la oligarquía local que, por más esfuerzos que se realicen por congraciarse con las potencias, los beneficios recibidos son efímeros y a futuro, cuando no terminan atentando contra los intereses nacionales. En esta línea, fue claro el esfuerzo de Martínez de Hoz de aliarse con los ingleses para explotar el petróleo, tirando así por la borda cientos de años de reclamos. O el intento de ponerse al servicio de la agenda de Estados Unidos contra el comunismo, en donde la invocación de ese interés no era más que la pretensión de correr a los ingleses de las islas por el petróleo

allí existente. Por ello, las intenciones peligrosamente ingenuas de la dictadura de beneficiarse de los incentivos de las potencias terminaron siendo respondidas con las armas, como fue el hundimiento del ARA *Belgrano*, a causa de que los intereses ingleses se vieron perjudicados y acorralaron a los Estados Unidos para que le brindara apoyo, transformando a la Argentina en un país aislado, y en guerra con una potencia del norte con el apoyo de casi todo el Occidente, siendo respaldada solamente por Sudamérica.

Por ello, coincidimos con Mario Volpe (2017) cuando afirma que la soberanía es más que un concepto nacionalista y abarca todos los aspectos del desarrollo de un país. En este sentido, las Islas Malvinas, por su ubicación geográfica, ostentan recursos particulares con los cuales se aporta al desarrollo del mundo, pero con el cercenamiento de nuestra soberanía, dichos recursos son explotados por los países de capitalismo avanzado y no por nuestra nación. Por esta razón, la historia nos demuestra que solamente con la búsqueda de la Unión Latinoamericana, que persiga una soberanía sudamericana, las Malvinas volverán a ser argentinas.

Bibliografía

Anuario de Relaciones Internacionales, 1995: Recuperado de http://www.iri.edu.ar/publicaciones_iri/anuario/A95/A2MVPRE.html

Balze, Felipe A. M. de la, comp. (compilador), 1997. *Argentina y Estados Unidos: fundamentos de una nueva alianza*. Buenos Aires: ABRA.

Berasategui, Vicente E., 2011. *Malvinas. Diplomacia y conflicto armado. Comentarios a la historia oficial británica*. Buenos Aires: Proa Editores.

Bernal, Federico, 2011. *Malvinas y petróleo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Cardoso, Oscar Raúl; Kirschbaum, Ricardo y Van Der Kooy, Eduardo, 1983. *Malvinas, la trama secreta*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta.

Clarín, 2003. “Malvinas: Londres admite que trajo armas nucleares al Atlántico Sur” (Buenos Aires) 5 de diciembre. Disponible en <<http://edant.clarin.com/diario/2003/12/05/i-02815.htm>>.

Costa Méndez, Nicanor, 1993. *Malvinas, esta es la historia*. Buenos Aires: Sudamericana.

Haig, Alexander M., 1984. *Memorias*. Buenos Aires: Atlántida.

El País 2015 “La caída del precio del petróleo enciende las alarmas” (Madrid) 7 de enero
https://elpais.com/economia/2015/01/06/actualidad/1420576088_389011.html

Escudé, Carlos y Cisneros, Andrés, s/d. *Historia general de las Relaciones Exteriores de la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. Disponible en <www.argentina-rree.com/12/12-07.htm>.

La Nación, 2012. “El Gobierno recibió con ‘entusiasmo’ el pedido de Estados Unidos respecto de Malvinas” (Buenos Aires) 20 de enero. Disponible en <www.lanacion.com.ar/1442140-eeuu-reconocio-de-facto-la-administracion-britanica-de-las-islas-malvinas>.

Margheritis, Ana y Tedesco, Laura, 1991. *Malvinas: los motivos económicos de un conflicto*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Moneta, Carlos Juan, 1984. “El conflicto de las Islas Malvinas en el contexto de la política exterior argentina” en Russell, Roberto (comp.) *América Latina y la Guerra del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Puig, Juan Carlos, 1983. *Malvinas y el régimen internacional*. Buenos Aires: Depalma.

Silenzi de Stagni, Adolfo, 1982. *Las Malvinas y el petróleo I*. Buenos Aires: Cid Editor.

Silenzi de Stagni, Adolfo, 1983. *Las Malvinas y el petróleo II*. Buenos Aires: Distribuidora y Editora Theoria.

Todo Noticias, 2012. “Gran Bretaña dio a entender que tiene armas nucleares en Malvinas” (Buenos Aires), 10 de febrero.

Volpe, Mario, 2017. “Razones e intereses de una soberanía en disputa internacional cultural” en Giordano, Carlos J. (ed.) *Malvinas y Atlántico Sur: estudios sobre soberanía*. La Plata: UNLP.